

## RECORDANDO<sup>11</sup>

CREO QUE FUE EL POETA PAUL GARAUDY QUIEN DIJO QUE EL RECUERDO no cuenta de un acontecimiento lo que sucedió, sino lo que se vivió. Por eso creo que en mi caso más que contar hechos, que probablemente todos conocen, contaré lo que para mí significó vivirlos en un momento muy particular de mi vida entre los 20 y 24 años.

Durante mi noviciado en 1959, con la muerte del prior fundador de Los Toldos, el P. Eugenio Pffifner, comenzó una nueva etapa en nuestro monasterio. El nuevo superior se encontró al frente de una comunidad distinta. Habíamos ingresado muchos “aborígenes”. Y a la vez varios de los fundadores retornaron a Suiza. Y algo parecido sucedía en Las Condes con la llegada del prior Adalberto Metzinger. Él venía de San Anselmo, en Roma, y por tanto traía una visión distinta y quizá más distante que los llegados de Beuron. Creo que ambos consideraron que se hacía necesario encontrar una manera de colaboración entre los monasterios de nuestra área sur.

Recuerdo nítidamente la visita del P. Adalberto a Los Toldos y cómo logró coincidir en un primer proyecto de colaboración. Nosotros estábamos completando el primer curso de filosofía con el P. Pío

---

<sup>11</sup> *Cuadernos Monásticos* n. 196 (2016), pp. 45-47.

Filipetto. En ese momento se encontraban los Hermanos: Aldo Álvarez, Jorge Urban, Pedro Swinnen, Pedro Alurralde, Martín de Elizalde, Andres Doeswijk y yo, entre los jóvenes estudiantes. Y hubo una decisión salomónica. Martín de Elizalde, Pedro Swinnen y Jorge Urban, por dominar idiomas irían a Einsiedeln y luego a Roma en setiembre de 1961. Aldo y yo partiríamos como primer contingente a Las Condes para empezar la teología en marzo de 1962. En cambio, desde Chile vendría el H. Gabriel Guarda para iniciar la filosofía en Los Toldos con Pedro Alurralde y Andrés Doeswijk.

Y así fue mi llegada a tierras trasandinas. Yo no conocía las montañas. Nacido en las planicies del Chaco y criado en las pampas del sur, la altura máxima que conocía era la frente del hombre... sobre todo a caballo. Así que descender del cuatrimotor en el Plumerillo y llegar a Las Condes me significó un cambio total de geografía.

La vida en nuestras dos comunidades era similar en muchos aspectos, y muy distinta en otros. Y ni qué decir de la arquitectura: en el nuestro prevalecía el tipo colonial tradicional de una sola planta y sin escaleras, todo de ladrillo y tejas, y vidrio sólo en las ventanas. El de Las Condes, un bunker de cemento trepado a un cerro con mucho vidrio, que permitía ver los paisajes estupendos y para mí fascinantes. Lo diferente eran la capilla y el comedor: ambos de construcción provisoria y tipo taller de trabajo.

Aunque los estudiantes forasteros no participábamos de los Capítulos comunitarios, pronto sentimos hablar del proyecto de la construcción de la iglesia monástica. Previamente fuimos viendo levantarse otros locales del monasterio, en particular el ala de abajo, donde se alojarían los más jóvenes. Porque a los dos años comenzamos a ser muchos. Llegaríamos a ser en teología, además de los Hermanos

Martín, Pedro y Gabriel, otros 5 de Los Toldos, 4 de Puente Alto-Viña del Mar y uno del Siambón.

Luego de leer el año pasado el interesantísimo artículo-entrevista de la revista de arquitectura que le hicieron al H. Martín Correa sobre los inicios del proyecto de la actual iglesia monástica, pude comprender mejor todo aquello de lo que fui testigo sin ser demasiado protagonista. Sí, vi bramar los *bulldozer* que removían la tierra, vi levantarse los encofrados y sentí las vibradoras sacudiendo la modorra de nuestros estudios de dogmática. Pero quizás sin comprender el genio que las inspiraba y sobre todo el resultado a lo que se llegó.

En Semana Santa de 1964 fuimos ordenados diáconos con don Pedro Pérez por el Cardenal Silva Enríquez. Ello me permitió participar plenamente de la Dedicación de la nueva iglesia, y sobre todo de la ceremonia de Consagración de los dos altares. Bajo la conducción del P. León Tolosa todo se preparó minuciosamente. Mientras el Cardenal consagraba la piedra del altar central acompañado por el diácono Pedro Pérez, a mí me tocaba estar junto a Mons. Eladio Vicuña para consagrar en forma sincronizada la piedra del Altar del Santísimo. Las rúbricas exigían que para que no hubiera dos consagraciones, ambas tenían que ser simultáneas y concordantes. Recuerdo que mi función era estar en la puerta de la capilla del Santísimo e ir indicando a Mons. Eladio los pasos que se iban dando en el centro de la iglesia.

Otro detalle que llevo grabado en mi recuerdo es que a último momento quedaba aún por fijar en su sitio la piedra que contendría el agua bendita en el codo de la escalera que viene de la *Statio* y baja a la iglesia. Me entregaron la piedra y un buril (lo llamaban *randpluf*... o algo así) y yo tendría que hacerle los tres orificios para que calzara con los pernos que ya estaban en la escalera. Me dijeron que era un trabajo delicado y que tenía que hacerlo con suma paciencia a fin de

que no se rompiera la piedra, y tan exacto como para que calzara con precisión en su lugar. Me enorgullece afirmar que así lo hice, y que ya hace 50 años sigue íntegro en su sitio y que cada vez que tomo de ella el agua bendita al ingresar en la iglesia, siento haber sido partícipe en su “construcción”. ¡Modesto, como buen argentino!

Hubo otro par de momentos muy fuertes que recuerdo. El primero fue cuando uno de los maestros cayó de un andamio, y aunque parecía haber quedado consciente en un primer momento, luego supimos que había tenido una gravísima conmoción cerebral y falleció camino al hospital. Su nombre fue particularmente recordado en la celebración solemne de la Dedicación de la iglesia. Y el otro momento fue cuando un fuerte remezón nos despertó una noche, y nos levantamos angustiados para ver si la viga central de la que pende toda la techumbre había resistido. Afortunadamente allí estaba, y lo seguirá estando por muchas generaciones.

En cada regreso, la memoria se aquerencia en algún detalle de los tantos que pasé con mi comunidad de Las Condes y en cada uno de sus rincones. Vuelven rostros queridos que ya no están y se reviven recuerdos alegres y también otros dolorosos que fueron formando la trama de mi pasaje de la adolescencia a la juventud, vividos a la sombra de ese monasterio y junto a los hermanos con los que compartí profundamente mi vida. Por eso no se extrañen de que les asegure que fuera de mi monasterio, en el que ya llevo 63 años, el de la Santísima Trinidad de Las Condes es el que llevo más en mi corazón.

Y por todo ello doy gracias al Señor.

Mamerto Menapace, osb